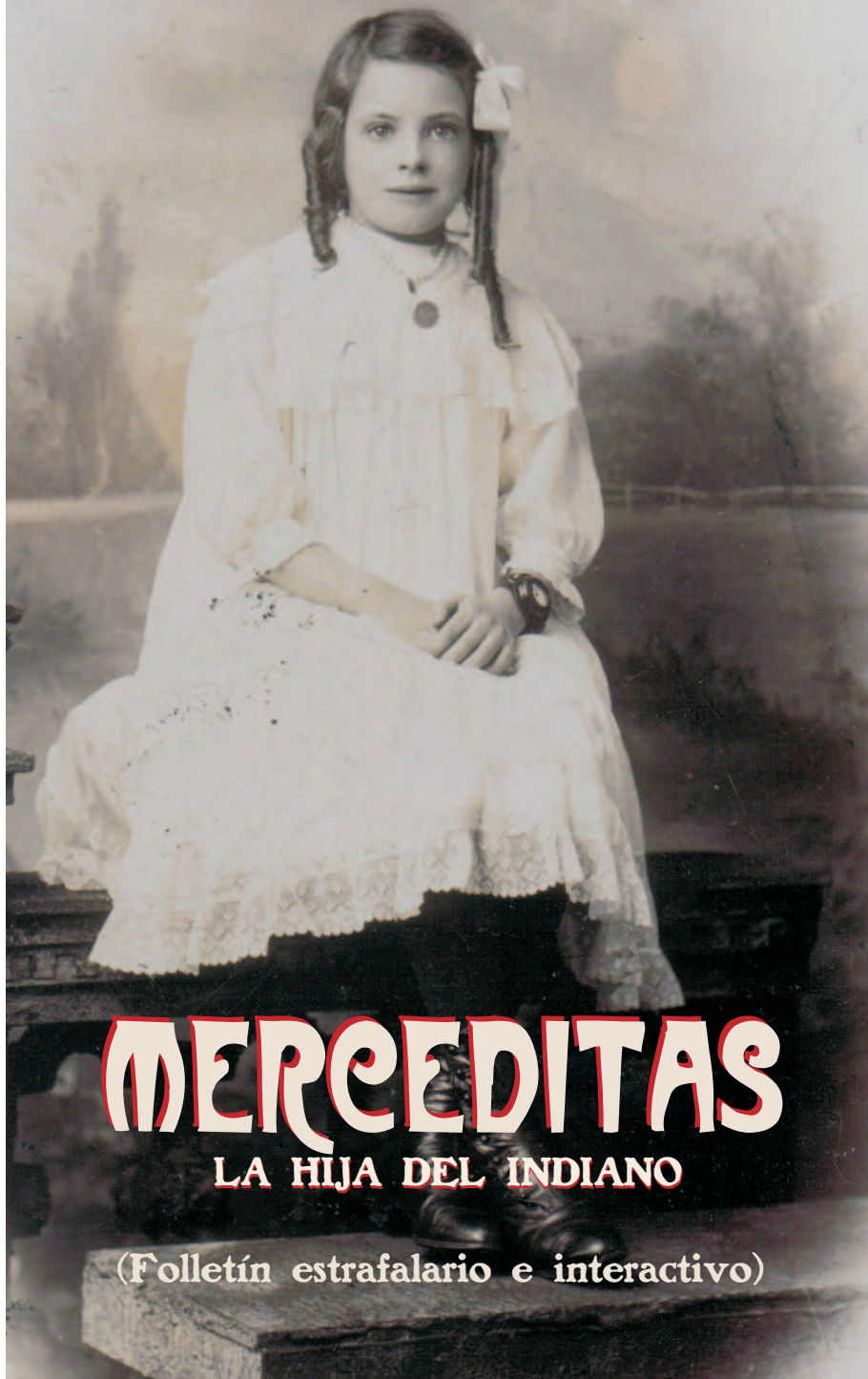


las EDICIONES del
VECIND(i)ARIO

Fco. Manuel Espinosa 'Sap'



MERREDITAS

LA HIJA DEL INDIANO

(Folletín estrafalario e interactivo)



colección narrativa

Fco. Manuel Espinosa 'Sap'

MERCEDITAS
la hija del indiano

(folletín estrafalario e interactivo)



colección narrativa

Para el Abuelito del Desván
www.eldesvandelabuelito.blogspot.com

Introducción

Desleíanse las nubes de la tarde en los delicados malvas, rosas y anaranjados que como despedida al día, arrancaban los últimos rayos del sol, siendo así que el cielo todo, henchido de fantásticas irisaciones, ofrecía el oriente de la perla más fabulosa. Sólo el vuelo rectilíneo de los pía-dores vencejos rasgaba aquel prodigioso escenario como si un telón de moaré fuese herido por cien cuchillas oscuras a las que el tornasolado lubricán pusiera punto justo de contraste.

Fuera por la tibieza del aire o por lo ameno del paisaje, decidimos mi amigo B. y yo continuar aquella senda que desde las más extremas ca-llejas del pueblo nos había llevado hasta los mu-ros del camposanto. Lejos de que aquel recinto despertara inquietud en nosotros, la fragancia de las madre selvas que tapizaban el cancel de entrada, invitaba a franquearlo y a continuar el

paseo ceñidos luego por la silenciosa compañía de los panteones y las tumbas.

Así lo hicimos, y presto, la lectura de epitafios fue separando nuestro caminar en la medida que la soledad es necesaria para meditar en la fugacidad de la vida y en cómo los mármoles tallados y el afilado ciprés eran final reflejo de las pompas mundanas. Bajo aquellas lápidas, la tierra cobijaba y aunaba al avaro y al pródigo, al menesteroso y al hacendado, al casto y al lujurioso; la podredumbre no hacía distinguos y cercenados por la guadaña, el reposo era igual para todos. La vanidad, la codicia, el deseo ¿encontraban acaso premio ahora en el negror de las fosas? Qué de las veleidades humanas, qué de las mieles del amor, qué del fuego de la juventud, qué del ingrato comején del odio... Cuánto lamenté entonces no haber sido poeta para verter mis originales pensamientos en rimas tenebrosas.

Fueron muchas mis preguntas y mucha la desazón que obtuvo mi mente al formularlas y fue entonces que sacome de mis zozobras la llamada de mi amigo B., que retirado en un extremo, permanecía ante una lápida con el fruncido ceño del que rescata un triste recuerdo.

—Mercedes. Merceditas Tárrega —acertó a decir cuando me acerqué a él.

—¿Merceditas Tárrega? —pregunté yo suavemente para no extraerlo de su concentración.

—Sí... Merceditas Tárrega... La pobre Merceditas Tárrega —repitió con lúgubre acento.

—¿Merceditas Tárrega? —volví a inquirir interesado.

*—¡Sí, cojones, Merceditas Tárrega! —
respondió airado señalando la tumba.*

En efecto; sobre una sencilla losa de granito, el nombre de Mercedes Tárrega Rocamador aparecía labrado junto a un crucifijo de bronce y las fechas que databan nacimiento y muerte de la que consideré desdichada, tal era la cercanía de las cifras. Mi condición de forastero —como invitado pasaba unos días de asueto en la casa de B.— unida a mi curiosidad, llevome a interesarme por la infeliz que ante nosotros se encontraba, siendo en ese momento que un palomo (o tórtolo) que emprendió el vuelo de entre los cipreses soltó su excrementicia carga sobre la lápida provocando un manchurrón de tal calibre que ocultó por completo la letra G del apellido de la finada. Mi amigo, furioso por la ignominiosa mácula, agitó un puño amenazante hacia las alturas y clamó con voz cavernosa:

—¿Ni siquiera vosotras, aves del cielo, vais a respetarla?!

Pero en cuanto acabó la frase, un segundo palomo (o tórtolo) imitó al primero, haciendo que su evacuación acertara plenamente en el ojo derecho de mi amigo, provocándole terribles ayes a causa del escozor. Irritado, ciego, apenas acertó a tomar el pañuelo de hierbas que le acercaba para que enjugase aquella vergüenza que nos dejó mudos. Corrido y con el ojo de la color de un tomate, guardó su ira ayudándose de profundas inspiraciones, y tras santiguarse ante la tumba con ademanes sombríos, terció su capa y se cubrió de nuevo con el chambergo. Tomome luego del brazo y emprendiendo el regreso a la villa de P., dio comienzo a una de las historias más sobrecogedoras que hayan llegado a mis oídos.

*Ahora que la transcribo, aún tiembla mi mano
por el horror.*

Capítulo 1

"Debo retrotraerme algunos años —comenzó diciendo mi amigo—. Exactamente a la mañana de otoño en que un desconocido se apeó de la diligencia que cada martes llegaba a nuestra plaza Mayor. Era la figura del caballero por todo exótica, en cuanto asemejábase —como así resultó ser luego— a la de un indiano que regresara de ultramar. La piel tostada por los soles antillanos era de un tono dorado, muy alejado de la mate quemazón de nuestros labradores. Fornido y de luenga barba negra, el caballero tenía algo de coloso, vestido como iba con un traje blanco de esos que liquis se han dado en llamar, y tocado con un sombrero de amplias alas del mismo color. Ayudábase en su caminar por un bastón de ébano con empuñadura de plata que devolvía, argénteos, los reflejos del sol. Para completar el dibujo, su vientre lo cruzaba una leontina de eslabones de oro preñado

de esmeraldas, cualquiera de los cuales hubiera bastado para comprar muchas fanegas de tierra.

Bajó tras él una niña de unos doce años, ataviada con tantas sedas y dijes que era toda tal un ascua de luz por donde sobresalía una carita que los querubines de la gloria hubieran envidiado. El caballero la tomó gentilmente de la mano y dando algunas órdenes al cochero, dirigió luego sus pasos hacia la cantina para tomar un refrigerio. El corrillo que acostumbran a formar los curiosos para recibir a los viajeros que cada semana arriban al pueblo, tuvo en esta ocasión motivo para las habladurías, levantadas no sólo por la llegada del misterioso forastero y la niña sino por las decenas de maletas, baúles, sombrereras y cajas que componían su equipaje, y que tras su descarga fueron llevadas tras ellos y puntualmente a la fonda.

Transcurrieron días donde todo el tiempo de los vecinos estuvo dedicado a las indagaciones y a aventurar hipótesis que desvelaran el origen del viajero y de la niña. Sabedor de los comentarios que provocaba en cuanto abandonaba su alojamiento para llevar a la pequeña a pasear por la Alameda de las Monjas, y que los saludos cordiales a cuantos se cruzaban con ellos, y las amables palabras dedicadas a las damas que se interesaban por la nena, no eran suficientes para calmar los murmullos que tras ellos se alzaban como el polvo, decidió el caballero terminar con los comentarios del modo más práctico.

Fue así que una tarde apareció en el balcón principal de la fonda y a la voz de "*¡Queridos paisanos quiero decirlos algo!*" consiguió reunir a varias docenas de personas entre las que se encontraban nuestro mismo señor alcalde y don Sixto, aquél que fue durante tantos años teniente de Carabineros de nuestro puesto.

Una vez creada la expectación tanto por el anuncio como por llamar paisanos a los reunidos, ésta atrajo al silencio y tras él se pudo escuchar al caballero que con clara voz de suave acento dio principio a su mensaje:

"Dije queridos paisanos y dije bien, pues al igual que vosotros soy hijo de esta tierra. Si hasta ahora no os he comunicado mi identidad es porque quise comprobar que este pueblo aún lleva a gala su tradicional hospitalidad y que la bonhomía de sus gentes sigue siendo legendaria. Así ha sido y por lo tanto, merecéis una explicación acerca de mi persona y de mi presencia en esta villa.

Son muchos los años que han pasado desde mi partida pero tal vez algunos me recordaréis, pues no soy otro que Julianillo *el del Zurriago*, aquel pastorcillo que guardaba cabras y recogía bellotas para los cerdos. Mi triste condición

unida al no tener el amparo de unos padres por quedar huérfano, me determinaron a hacer las Américas, siendo allí tanto mi trabajo y tan propicia mi suerte que en pocos años me vi amo y señor de dos ingenios de azúcar en la provincia de Camagüey además de una extensa hacienda en la que llegaron a trabajar más de doscientos esclavos. Años de esforzada labor sin duda que se tradujeron no sólo en labrarme un porvenir en la industria de la caña sino en la fortuna más que mediana que todo aquello reportó, la cual cuidé de ir acrecentando con negocios tabaqueros y arriesgadas operaciones financieras. Aquellos réditos me permitieron viajar, conocer mundo, y así, os puedo comunicar que he paseado las modernas avenidas de Nueva York y he saboreado las deliciosas noches de París, la ciudad donde los caballeros beben champagne en los zapatos de sus damas..."

Siguió el indiano su discurso mientras en la plaza se acrecentaba el número de oyentes. Entre ellos hubo muchos que, en efecto, reconocieron en aquel hombre del balcón a Julianillo Tárrega, Julianillo *el del Zurriago*, el hijo del tío Práxedes y de la Eladia, los desgraciados esposos, muertos ambos a causa de las coces que les propinó una borrica a la que trataban de pelear con unas tijeras descomunales. Sabedores de su origen, una corriente de simpatía inundó a la audiencia y un orgullo mal disimulado se mostró en cuantos se declararon antiguos compañeros de juegos y correrías del otrora pastorcillo.

"Pero os puedo asegurar —continuó el caballero—, que en ningún momento de aquel tiempo dejé de pensar en mi pueblo. Lejos de que la distancia y los años mitigaran mi nostalgia, ésta se fue acrecentando en tal grado que comencé a pensar en la vuelta desde el mo-

mento en que dejé a mis asociados tomar las riendas de unos negocios que ya empezaban a aburrirme. Tras el triste episodio que me llevó a mi actual condición de viudo, sentí que nada me retenía allí y que nada ambicionaba salvo volver al terruño para pasar entre vosotros los muchos o pocos años que me queden de vida y hacer de mi fortuna la vuestra..."

En cuanto se formuló este último deseo, una voz anónima se alzó entre el público:

—¡Viva Julianillo! ¡Viva Julianillo *el del Zurri... a...*— airadas miradas y carraspeos interrumpieron aquel viva inoportuno haciendo modificar sus términos de inmediato:

—¡Viva don Julián! ¡Viva don Julián Tárrega!—, corrigió finalmente el agazapado ante la aquiescencia de todos y la satisfacción del indiano, que prosiguió diciendo:

"Me acompaña en el regreso Merceditas, el fruto final de mi matrimonio, la hija en quien tengo puestas todas mis complacencias y la esperanza de hacerla persona de bien en la tierra donde nació su padre... No quiero cansaros más, queridos paisanos, y sólo me queda lanzar desde aquí un fraternal abrazo que hago extensivo a todos... He encargado al propietario de la fonda varias arrobas de vino para los caballeros y zarzaparrilla para las señoras y los niños... Estáis todos invitados".

Dicho esto, las gentes congregadas prorrumpieron en nuevos vivas y encendidos aplausos mientras don Julián arrojaba desde el balcón monedas y peladillas como si fuese el padrino de un bautizo, y que la grey infantil apresurose a recoger con su acostumbrada alharaca de gritos y coscorriones.

Fue inolvidable la noche que siguió al anuncio de don Julián, pues el señor alcalde, después de ofrecerse al indiano en nombre de toda la corporación municipal, organizó una verbena donde no faltaron los animados bailes al son de dulzainas y tamboriles en tanto se expedían en mostradores sacados a la plaza y de manera gratuita, viandas y caldos tan generosos como sinnúmero. Desbordábase la alegría entre todos y muy especialmente entre los que conseguían estrechar la mano de don Julián o alabarle el encanto de Merceditas, la cual, contagiada por el festivo ambiente, no dejaba de hacer simpatiquísimas monerías bajo la luz de los farolillos venecianos y el estruendo de unos fuegos de artificio que, aunque modestos, iluminaban de rato en rato la negra bóveda del cielo.

Sucedíanse las semanas y los meses — continuó diciendo mi amigo B.— con la placidez que marcan los ritmos de la naturaleza, hasta que la presencia de don Julián y su hija no sólo dejó de ser objeto de curiosidad sino que el indiano, a poco de comprar y establecerse en una de las mejores casas solariegas llevándose como criada a Teresa *la Liebre*, una mujeruca algo pariente suyo, se fue convirtiendo en una de nuestras fuerzas vivas y, sin duda, en el más prestigioso personaje del vecindario. La inversión de su dinero, su asesoría técnica y sus atinados consejos sirvieron a los munícipes para adecentar calles, poner de nuevo en funcionamiento el reloj del Ayuntamiento e incluso comenzar el trazado de un parquecillo en el que se tenía proyectada una glorieta que llevaría el nombre de nuestro benefactor.

Por otro lado, don Julián no puso reparos en su nombradía de hijo predilecto, aceptando por

demás el hacerse socio del Casino y miembro activísimo de la Sociedad Económica de Amigos del País, y aunque renuente a formar parte de la Cofradía del Santísimo Cristo del Mechón y a participar en las tómbolas y roperos que organizaba el grupo de Damas Católicas de la Misericordia, no negó su espléndido óbolo para reparar la torre de la iglesia, verdadera joya de la arquitectura románica que era y es orgullo de todos los vecinos y asombro de los eruditos. Por todo ello, don Eusebio, el señor párroco de San Abundio, no perdía momento para comentar: *"Es un herejote, sí... pero un sol de hombre"*, acompañando la frase de una seráfica sonrisa y manos enlazadas sobre el pecho.

Tampoco quiso don Julián mezclarse en asuntos políticos, desestimando las muchas llamadas que le llegaron desde todas las corrientes e incluso declinando el ofrecimiento que la abnegada generosidad de nuestros gobernantes

mostró por hacerlo diputado de alguna de las provincias de ultramar. No tenía nuestro hombre apetito alguno por las bicocas políticas pues como dijo, quería ser amigo de todos, y era así que frecuentaba por igual el Círculo Liberal que la Junta Conservadora y en la misma medida, el Casino, verdadero segundo hogar donde dejaba transcurrir el tiempo entre enconadas partidas de dominó, lectura de diarios y amenas tertulias que se animaban los días de su onomástica y de su hija con las barriquillas de añejo ron que le llegaban desde Cuba.

Por todo lo demás, el discurrir de don Julián transcurría por los caminos de la austeridad y la vida higiénica y, aunque alejado de los cánones de un atleta, no era raro encontrarlo en la ribera practicando sanos ejercicios con la única compañía de Merceditas que, reidora, aceptaba volatines y dulces galopes a lomos de su padre,

imagen que mostraba sin duda que era la chiquilla objeto de veneración.

Y es que en aquella azucena que se educaba —como única excepción que don Julián hizo al estamento eclesial—, en el colegio de las Reverendas Madres Abundinas, dábanse cita no sólo los extremos de la belleza y la discreción, sino la disposición natural para congeniar con todas sus compañeras y amigas sin provocar envidias. Aplicada en sus labores y provechosa de todas cuantas enseñanzas recibía de las monjitas, desarrolló la niña una notable habilidad para el bordado, el solfeo y la lengua francesa, no viendo con malos ojos don Julián su afición por la lectura de vidas de santos, Historia Sagrada y otros libros piadosos, pues juzgaba el indiano que estas materias ornaban al sexo débil y atemperaban el carácter levantisco de las muchachas, tan proclives en esa edad a rendirse a los embelecocos del amor.

Las formas cordiales de ambos reflejaronse también en el hogar, ya que don Julián, a partir de que Merceditas alcanzó los años adecuados, se encargó de organizar recepciones que se nutrían no sólo por miembros de familias distinguidas y principales sino por jovencitos, que al reclamo de protector de las artes del anfitrión, daban en entonar versos o en declamar desgarradas escenas dramáticas con la misma frecuencia con que trasegaban copitas de oportó y croquetas de ave. También el músico encontraba refugio en el piano para estrenar sonatas que amenizaban las veladas y hacían más dulces aún los postres que, abundantes y salpicados de ingredientes caribeños, repartía la fiel Teresa *la Liebre* en bandejas de cincelada plata que valieran un Potosí.

Como no podía ser de otra forma, una gran parte de aquellas obras que se presentaban en

las reuniones dirigíanse a Merceditas, la nena que sin apenas darnos cuenta se había convertido en una señorita por la que empezábamos a suspirar de amor. Pero esta bienvenida a los jóvenes artistas del lugar provocó que aquellos jueves —los días en que don Julián disponía las veladas— se trasformaran en un inacabable elogio a la damisela en forma de poemas arrebatados y lánguidas piezas que por sus títulos comenzaron a amoscar al indiano, que creyó encontrar en tanta desatada creatividad un asunto de cobistas y de futuros cazadotes.

Debo reconocer —continuó relatando mi amigo B.— que yo mismo fui uno de los expulsados del salón el aciago jueves en que, para sorpresa de todos, don Julián montó en cólera a la vista de los estrenos que presentamos aquella noche. Titulé mi oda de más de cien alejandrinos "*A una ingrata*", mientras que Pedro Porcel, el ahora insigne dramaturgo, confec-

cionó unas escenas galantes bajo el título de "*Si tú me hicieras mercedes, Mercedes*" que leyó mientras que Manolito Espinosa, el que luego fue desaprovechado talento musical, interpretaba al piano su sonatina "*Noches sin ti, Merceditas*".

Tal abuso de rimas y notas dirigidas a la señorita, considerado por don Julián como una intolerable desfachatez, dio pie al ucuse con que el indiano, ante la sorpresa del resto de invitados, nos conminó a abandonar su domicilio, y tras orden dada a Teresa *la Liebre* para regresarnos nuestras chalinas y sombreros de jóvenes artistas, vímonos de patitas en la calle.

Desde entonces comprendimos que Merceditas, aquella niña que años antes había bajado de una diligencia admirándonos a todos con su belleza, pasaba a convertirse en un anhelo imposible, tanto fue el celo que desplegó don Ju-

lián en guardarla. Mas ¿existe algún mortal que crea que las trabas al amor son insoslayables? Lejos de eso, si don Julián clausuró sus *soirées* artísticas, no cejamos en nuestros ímpetus de enamorados y, fabricantes de mil argucias, algunos arriesgados logramos depositar en las manos de la ninfa billetes de versos cuando, protegida por Teresa *la Liebre*, dirigíanse ambas al mercado. Otros, más afortunados, llegaron a arrancar una sonrisa o el fulgor de una mirada a la chiquilla cuando al reclamo del frescor de la noche, ésta se asomaba por la ventana y hasta ella llegaba el tañer de una guitarra que acompañaba el canto de alguna triste endecha.

Comprobando la imposibilidad de detener aquel revuelo de galanes, fue el mismo don Julián quien sustituyó como vigilante a Teresa *la Liebre* en las salidas de Merceditas, amenazando con su bastón a todo cuanto sospechoso de poeta asomaba por las esquinas. Hizo también

que Merceditas pasase a ocupar una alcoba interior de la casa para evitar las serenatas, escatimó horarios de paseos y cercenó cuanto pudo las posibilidades de ver a la niña en la calle como un avaro que escondiera su tesoro en la más profunda sima. No fueron ajenos a esta actitud de don Julián las principales cabezas del pueblo, progenitores muchos de varios miembros del enjambre, que creyeron ver en nosotros incomodidad para que el indiano continuara invirtiendo su capital y entreteniendo sus caudales en interesados negocios, por lo que nuevos enemigos se sumaron a nuestras ansias de amor.

Ciertamente don Julián fue perdiendo por semanas aquella cordialidad que para todos había tenido, hasta que un negro episodio vino a agriarle el carácter de manera definitiva. No fue otro que sorprender a la que creía fidelísima Teresa *la Liebre*, haciéndole llegar a Merce-

ditas un pliego de ardorosas rimas. A la pobre mujeruca no le sirvieron los llantos ni el postarse de rodillas ante su amo, que como un Júpiter iracundo arrojóla a la calle sin más bienes que un hatillo de ropas viejas y Micifuz, el gato de la familia.

¡Oh, Fortuna, cuán alocado es el correr de tu rueda! Sola, contrita, confundida, sin ningún lugar adonde ir —pues su humilde chozo había sido derribado en cuanto entró a servir a don Julián—, y sin que nadie le ofreciera refugio por miedo a descontentar al indiano, no tuvo más remedio Teresa *la Liebre* que dar con sus huesos en el lupanar que a las afueras del pueblo regentaba María *la de los Ratones*, una mujeronna que le dio final cobijo, aunque antes, por apodarse '*la de los Ratones*' su nueva ama, Teresa se vio obligada a deshacerse del gato.

Perdida toda confianza, redobló entonces don Julián su custodia, y apostando espías y contratando confidentes, trató por todos los medios que ningún boquirrubio alcanzase a Merceditas, su vida, su más preciada alhaja, su razón de ser... Ah, vano afán, pues los acontecimientos que más tarde llegaron a precipitarse dejaron los versos y las *canzonettas* a la altura de un inocuo juego de imberbes. ¿Pudo suponer don Julián que la semilla de rencor que depositó en Teresa *la Liebre* germinaría luego con tanto vigor? De saberlo, hubiérase cuidado mucho del castigo infligido a la criada, la cual, allá en la casucha infame, alimentaba al monstruo del odio con la paciencia de la que espera obtener de una ponzoñosa planta el fruto dulcísimo de la venganza.

El vergonzante negocio que dirigía María *la de los Ratones* no había dejado de ser objeto de las airadas protestas que, con don Eusebio, el párroco, a la cabeza, protagonizaba el grupo de Damas Católicas. Pero a pesar de las ya añejas promesas del alcalde, el lupanar seguía en pie, intocable como los incómodos secretos que guarda un cerrado cofre. Dábanse allí cita pollos calaveras de las mejores familias y caballeros distinguidos que aún a riesgo de su respetabilidad y la mancilla de su honor, no dudaban del trato con María en cuanto ésta anunciaba una nueva adquisición.

Fue allí —continuó mi amigo B.— donde Teresa *la Liebre* encontró acomodo y algunos reales como pobre sueldo a su labor de fregona, no faltándole en cuanto lo pedía, el vaso de aguardiente que la ayudaba a engrandecer su inquina. Soñaba Teresa con que el desgraciado vuelco de su destino lo sufriera también don Julián

y donde más dolor causárale, así que mientras en las orgiásticas noches de la mancebía las mu-
jerzuelas y sus queridos se entregaban a los
impúdicos bailes y al desenfreno de la carne,
Teresa *la Liebre*, entre subidas y bajadas por las
escaleras transportando palanganas con agua y
jabón, fue tramando su venganza a la espera
del momento propicio y del instrumento nece-
sario para realizarla.

Sucedió entonces que idos los días invernales,
acertó a pasar por el pueblo el elemento que
Teresa *la Liebre* consideraba fundamental en
sus maquinaciones; y así fue que una noche, el
cacareo de las perdidas, sus precipitados y re-
cargados afeites y la atmósfera del lupanar atu-
fada por los más viles perfumes, fueron prólogo
para el recibimiento con que se agasajó a un
viejo conocido: Momentos más tarde, bajo el
dintel de la puerta principal y forzado el contra-

luz por la luna, dibujóse la negra silueta de Aurelio *el Empaño*.

Era este Aurelio *el Empaño* buhonero de oficio, y desde hacía años en el pueblo, la llegada de la primavera no la marcaba tanto la explosión floral como el puntual arribo de su colorista tartana. Alegrábanse las muchachas a la vista de las novedades que, según el buhonero, le eran remitidas desde el mismo París, las mismas que exponía en bateas forradas de papel de seda formando grupos a cuál más atractivo. Bisutería fulgurante, extravagantes aromas, piezas de terciopelo y raso, falsos chantillíes, blondas y bordados de todo tipo, espejos y plumas, peinas de carey y todo aquello que por cuanto caprichoso es anejo a la femenina condición, componían su ambulante hacienda.

Veníale el mal apodo de *el Empaño* por tener un ojo velado por una nube, mancha láctea que lejos de afearlo y en opinión de las mujeres, dotaba a su mirada de particular majeza. Alto y delgado —que no hay belleza, ¡ay!, en el mucho grosor y la escasa talla— su cuerpo fibroso era flexible como un mimbre al que hacía adoptar posturas de una estudiada masculinidad. Peinaba el buhonero unos aceitosos bucles que azuleaban de tan negros y que enmarcaban su faz morena como si de la efigie de un dios clásico se tratase. Aflamencado y chispeante, sus requiebros a las clientas eran celebrados por las viejas con las risas que provocaba el arrebol de toda cuanta joven se acercaba a comprar sus mercaderías.

Sabedor de los suspiros que arrancaba de los adolescentes pechos y de las miradas lúbricas que encendía en las matronas, no se contentaba Aurelio *el Empaño* con su simple condición

de vendedor sino que acompañaba sus gracias con romances picantes, chascarrillos y la música de una bandurria a la que parecía hacer hablar. Era en suma el buhonero, un perdulario que ofrecía con sus baratijas y sus donaires la permanente posibilidad del femenino regocijo.

La aparición de Aurelio en el infecto antro consideróla Teresa *la Liebre* como el mayor de los milagros y el mejor augurio para llevar a cabo su proyecto. No en vano recordaba la mujeruca el breve encuentro que en una ocasión tuvo Merceditas una mañana de mercado y cómo la figura del buhonero habíala impresionado. Teresa *la Liebre* supo enseguida de la debilidad de la chiquilla y de su dulce azoramiento cuando aquel día Aurelio le lanzó un piropillo que la hizo estremecer.

—¿Quién era ese hombre que quiso venderme el espejito, Teresa? —preguntó Merceditas cuando ambas regresaron a casa.

—Aurelio *el Empaño*, hija; lo más garboso que llega al pueblo —contestó la criada con picardía—. Más interesada te vi en su persona que en aquel retal de batista que te mostró luego, corazón...

—Tenía ojos para otra cosa —confesó la niña—, ésa que otros hombres disimulan y que él llevaba a gala...

—Mucho sabes tú para estar con las monjas, picarona —remató una Teresa que, gran conocedora del alma femenina, supo en aquel momento que Merceditas había olvidado de inmediato nuestra corte de poetas enamorados. ¡Oh mujeres, qué razón tenía quien dijo que sois mudables como una pluma al viento! De aquel

recuerdo pudo sacar la antigua criada el mayor partido, pero de nada le hubiera valido si, a su favor, no se hubiera presentado el cúmulo de circunstancias que diéronse cita como en un afortunado lance de naipes.

En efecto, aquella noche don Julián Tárrega se encontraba ausente de nuestro pueblo pues, partícipe de la comisión que se había erigido para solicitar al Gobernador de la provincia no sé qué prebendas en torno al abastecimiento de aguas, llevaba unos días en la capital. Desde el despido de Teresa *la Liebre* y el alejamiento del zumbador grupo de admiradores a causa de su intensa vigilancia, don Julián se mostró algo más tranquilo aunque sus maneras confiables y su llaneza de trato con todos no volvieron a ser las mismas. Instalados en su rostro los cien ojos escrutadores de un nuevo Argos, el indiano hubo de aceptar en su propia casa la oferta celadora de las monjitas Abundinas a cambio de

su promesa de restaurar las sillas y la crestería del coro, joya nacional de la ebanistería barroca.

Día y noche, unas parejas de Hermanas se relevaban para mantener a Merceditas al buen recaudo solicitado por el padre; pero el diablo, que nunca está quieto y que todo lo enreda, como dijo nuestro clásico, dispuso que en aquella noche de la ausencia paterna, la misma en que Aurelio *el Empaño* cruzó el umbral de la casa de María *la de los Ratones*, la congregación monjil celebrase una novena en loor de San Abundio —patrón del pueblo— y que por tanto, la vigilancia de Merceditas fuera encargada transitoriamente a un par de esas muchachas recogidas en el convento por la caridad de las Reverendas Madres. Todos estos términos conociólos Teresa y sabiendo que tan favorable circunstancia difícilmente se repetiría, puso en marcha su máquina infernal.

Capítulo 2

Acodado en el mostrador de zinc, Aurelio *el Empaño* dejaba que unas cuantas coimas lo llenaran de zalamerías mientras bebía ginebra sin recrear el vaso en la mano. El salón del burdel, apenas iluminado por unas lámparas de carburo, era propicio a las fantasmagorías, extrayendo de la clientela dispuesta al fondo fosforescencias azuladas. De allí partían las risas, que un tanto matizadas por un respeto frontero al temor, celebraban las agudezas del buhonerro.

—¿Pero es que no hay música en este palacio? —preguntó ácido Aurelio—. Venga, Tío Borríco, vaya usted dándole al manubrio que ya semeja esto el velatorio de la puta de mi madre.

Un viejo que rumiaba la modorra del coñac se incorporó soltando toses perrunas y alzó la lona que cubría un organillo medio desvencijado. Cuando accionó la manivela, el instrumento desgranó un cuplé lleno de mellas que animó a Aurelio a iniciar una danza estrambótica con la *Pitusa* Dolores, una princesa que no tardó en ofrecer al galán las flores mustias de sus pechos.

Ya tenía Teresa *la Liebre* preparado su teje-manaje cuando se acercó a Aurelio tras el baile. En el mismo mostrador sucio de rodela de vinazo fue derramando su veneno de azúcar con la más melosa de sus voces.

—Te tengo un asunto, Urelío. Un clavelito que es el mismo sol y que será tuyo cuando me lo digas.

—¿Nuevo a estrenar o es otro de tus arreglos, Teresa? —ironizó el buhonero en voz alta a la espera de las risas de sus corifeos.

—Tan nuevo que la niña na más que a ti quiere regalar su tesoro —contestó la fregona acariciando con una mano la cintura de Aurelio.

—Y quién es la fulana si puede saberse —preguntó mirando sin ver la pobre botillería de enfrente.

—Pos la misma Merceditas Tárrega... Anda que tienes a la niña que se ahoga en suspiros, ladrón —mintió Teresa.

—¿No es ésa la hija del ricacho?... No me metas en líos que te escucho el cascabel —dijo Aurelio terminando el vaso y pidiendo otro. La nube del ojo se le agrisó como llena de tormenta.

—La misma ¿Acaso te parece poca pieza, Urelío, o es que tienes miedo? —arriesgó Teresa su farol.

—No tengo miedo, víbora. Pero tampoco quiero problemas, que ya entiendo lo que buscas. —El buhonero prendió con mano insegura un caliqueño que terció en su boca a la vez que las conversaciones de alrededor se apagaban al augurarse una apuesta tabernaria. No conseguía Teresa la mirada directa de Aurelio y temió por su envite. Vino a ayudarla la voz de un invertido que partió desde el fondo.

—Ays, Jesús, muy poco hombre me parece a mí el Aurelio —arrojó como un puñal.

En el organillo, que hasta entonces había seguido sonando, se detuvo el descascarilleo de la música. El crujir de los muelles de la navaja que el buhonero empalmó agigantó el silencio. El

rostro del pimpollo se congeló en una mueca estúpida.

—A ver si voy a tener que llevarte a la calle y sacarte el mondongo, Rosalindo. A ti y a unos cuantos... —chuleó Aurelio sin quitarse el cigarro de la boca y cerrando despaciosamente la boca—. Vamos a ver a esa niña, Teresa, que aquí no hay más que sarasas.

—¡Así hablan los machos, Urelío! —animó Teresa sabiendo de su triunfo—. Eso, ámonos de aquí que en prestándome dos chucherías de las tuyas te vas a llevar el virguito por la jeró. Na más que tú puedes esgraciar a esa señoritinga, Urelío.

Cuando ambos se marcharon, el Tío Borrico atacó un pasodoble que celebraron las palmas de María *la de los Ratones* animando al baile. Relajado, un cliente echó unas perras en el

plato del organillero. Era mi primo Ramoncito María del Valle, el gallego que luego marchó a Méjico, bohemio irredento y cráneo privilegiado que fue testigo de la escena.

—Ezte Aurelio era sobrezaliente y monumentable —díjome cuando me contó el suceso.

Los cantadores grillos y el aroma del jazmín acompañaban el clopclop de los cascos de la yegua que, al paso, llevaba de las riendas un Aurelio *el Empaño* que defendía con el silencio sus cavilaciones. A su lado, Teresa *la Liebre* administraba zalemas como gotas de éter que le sirvieran para afianzar la voluntad del hombre, pues no sería la primera vez, que fuera del ámbito del lupanar, Aurelio hubiera olvidado sus bravatas. Caminaban y Teresa no perdía momento para aplicar su adobo.

—Amos que salir el Rosalindo con aquello... Eres tú mu hombre pa aguantarle bromas a un manfrodita, Urelío... Y qué calor que hace, galán ¿no ves lo bien que pinta la noche?... Lo que darían muchos por tener la niña a los pies, Urelío...

Llevaba Teresa bajo el brazo el ovillo de dos mantones que de ser la noche día, hubieran mostrado sus colorines abigarrados y chabacanos. En préstamo los había tomado del buhonero para completar su trapisonda y se quitaría el pan de la boca para pagarlos con tal de ver sobre su cabeza la corona del triunfo. Llegados a la cancela que daba paso al patio trasero de la casa de don Julián, Teresa *la Liebre* sacó de la faltriquera una copia de llave que, previsora y ladina, encargó hacer en cuanto entró a servir al indiano. Tras la apertura, que no fue todo lo silenciosa que deseara, ordenó al buhonero

ocultarse entre la vegetación utilizando para ello nuevos mimos.

—Qué poco te queda para galoparla, truhán... qué rosa más fresca te vas a llevar, Urelío... Escóndete y que no jalee la yegua que voy a ver si las niñas de las monjas son como me imagino... y no te preocupes que tu Teresa se encarga de tó.

—A ver la que me vas a liar, puta, que me traes ciego y con el fuego metido en el cuerpo. Como esté el ricacho dentro te juro que te pincho, serpiente.

—Ay, estos hombres... Estate tranquilo, Urelío, y si no, te najas. ¿Tú te crees que iba yo a irme de la muí donde la María pa decir que a última hora te rajaste, barbián? —zanjó Teresa *la Liebre* con toda la malicia que pudo.

Entre los mirtos, la punta encendida del cigarro era cuanto se adivinaba de Aurelio *el Empañao*. Ululó el mochuelo y sus ojos amarillos fueron dos planetas nuevos puestos en el cielo nocturno. La yegua, mientras tanto, plácida como la noche, suelta y con hambre de meses, devoraba las lechugas y los pepinos de un huertecillo cercano.

Llamó Teresa a la puerta de atrás y no pasó mucho tiempo hasta ser abierta. Para suerte de la antigua criada, una de las dos muchachas recogidas que aparecieron en el hueco no era otra que la Marijuli, una hija de Narcisa *la Melibeia*, pupila del lupanar. Supo aprovechar Teresa la ventaja que se le presentaba en cuanto a la Marijuli se le desvaneció la alarma al reconocerla.

—¡Pues no que es la señá Teresa...! Ay, Señor ¿y qué hace aquí a estas horas y cómo que ha entrao?

—Niña, todavía una es alguien en esta casa... Oye, ¿no eres tú acaso la Marijuli, la hija de la Narcisa? Pues mira, un regalo de su parte venía a traerte a ti y a tu amiga.

—¿Mi madre con regalos? Cá, señá Teresa; algo se traerá en la cabeza esa golfa.

—Así no se habla de una madre, niña...

—¿Ah, no? ¡Pos cómo quiere que hable de la que me metió en el castillo de las brujas!

—Venga, dejadme pasar que traigo prisa y también tengo que ver a la señorita.

No se sorprendió Teresa *la Liebre* al comprobar que aquellas dos muchachas, como hijas de la lujuria que eran y viéndose libres de la disciplina de las monjitas, habían transformado el cuarto de costura en un verdadero garito de tahúres: las cartas repartidas de una baraja indicaban a las claras que la intempestiva llamada de Teresa había interrumpido el julepe. El humo de dos habanos puestos en un plato de porcelana china a modo de cenicero junto con los efluvios de sendas copas de anís, atosigaban la estancia con los miasmas del vicio. Quedó completo el cuadro en cuanto la fregona desplegó ante los torvos ojos de las dos muchachas los dos mantones. Una algarabía de risotadas recibió las prendas que se arrollaron al cuerpo con maestría de chulaponas, ajustando la una a la otra los flecos y los pliegues en el juego antiguo de la coquetería.

—¿Y la señorita dónde está? —preguntó Teresa temiendo que el interés de las recogidas por los regalos se desviara al motivo de su visita.

—Pos ahí arriba debe andar la niña panoli —respondió la otra—, le estará rezando al San Abundio ése o como se llame.

—Pues quedaros aquí que por ella voy. Y punto en boca si no queréis que me chive a las brujas de los hábitos —acabó Teresa, guiñando un ojo con complicidad.

—Por mí como si le dan mulé a la rica, fíjese —concluyó la compañera de Marijuli con un gesto soez.

No tuvo que hacer nada Teresa, pues en cuanto aquellas dos diabras se encerraron para continuar su trapicheo, encontróse con la propia

Merceditas, que alarmada por el ruido, bajaba las escaleras. Quedó muy sorprendida la joven de ver allí a la que fue su sirvienta, pero tras la incertidumbre inicial se arrojó a sus brazos y le llenó la cara de besos mojados por lágrimas de alegría.

—¡Ay, Teresa, mi Teresita!... ¡cuánto te he echado de menos! —decía Merceditas con sincero contento—. ¡Mira cómo me tiene mi padre, encerrada sin misericordia en esta jaula de oro!... ¡Ay, Teresa, cómo me acuerdo de ti y de aquellos gazpachos que me hacías y de esos pollos en pepitoria a los que tú dabas el punto justo...!

—Quita, quita, locuela, que aquí me tienes, que tu Teresa sabía que no estaba don Julián ni las Madres que te vigilan... y he comprado el silencio de esas dos recogidas trayéndoles unos regalos... —tranquilizaba una afable Teresa.

—¿Regalos? ¿para ellas? ¿y para mí nada traes?

—Para ti traigo las mieles, princesa... Anda, ven conmigo al jardín que vas a ver cosa rica, picaresca.

—¿Salir yo al jardín? Pero... ¿y mi padre, qué dirá si se entera? —preguntó con temor una renuente Merceditas.

—¿Tu padre? Quién sabe dónde estará ahora tu padre... ven, hija, no tengas miedo ¿qué hay de malo en que el aire de la noche avive tu color de rosa, tontina?...

Fue de este modo como la paciencia de Teresa fue venciendo la resistencia que ofrecía la damisela, sustituyendo su pavor por tímidas sonrisas. ¡Padres que forzáis a vuestras hijas,

sabed que los candados del encierro nada pueden ante la llave de vuestra ausencia! Del cuarto de costura llegaban voces y susurros que componían las claves del aberrante safismo, práctica que por habitual es más vergonzante si cabe cuando la desarrollan ingratas que desprecian el cobijo y los denuedos de las monjitas.

Cuando finalmente Teresa y Merceditas salieron al jardín, Aurelio *el Empaño* ya llevaba fumados tres o cuatro de sus caliqueños, había canturreado por lo bajini todo su repertorio de fandanguillos y estaba a punto de marcharse. Asustóse Merceditas cuando vio aparecer entre el follaje la figura del que se le antojó desconocido, transmitiendo su temor con un apretón de su mano al brazo que ofrecíale Teresa.

—¿Pero te vas a asustar, boba, del *Empaño*?
¿Acaso no recuerdas sus lindezas? —calmó Te-

resa pasando la mano por aquella carita de plata.

—Buenas noches tenga usted, señorita —fue todo cuanto acertó a decir el buhonero alzando un poco la gorrilla.

—¿Has visto? —continuó la criada buscando la complicidad del hombre— a este caballero le comenté esta mañana la situación en que te encontrabas y se ofreció a darte un paseo en su yegua. Total, diez minutos que te sabrán a gloria después de tanto encierro, corazón.

—Es muy mansa la bestia, señorita —terció Aurelio aceptando la sugerencia que ofrecía Teresa.

Merceditas, escandalizada por la propuesta y horrorizada por las consecuencias que podría acarrear la loca petición, anegóse en llanto in-

tentando zafarse de las manos de una Teresa que la retenía. Mas, ¿quién podía negarse ante los resabios que desplegó la fregona y sobre todo, a la presencia viril, irresistible y tentadora de un hombre como *el Empaño*? En poco tiempo, aquella unión de trapacerías consiguió hacer mella en el corazón de Merceditas que, bajo promesa de la brevedad del paseo y de la absoluta discreción del mismo, aceptó subir a la yegua con el mínimo acto de rebeldía del que creía ser merecedora. Nunca mejor demostróse que es privilegio de las mujeres el cambiar de opinión aunque sin saber aquella desgraciada que su decisión traería irreparables estigmas.

Finalmente la chiquilla, víctima de la viva imaginación provocada por su aislamiento, dejó ganarse por ensoñaciones románticas y, abrazando la cintura del buhonero, hizo sentir en la grupa la música de su crujiente polisón. No tardó Teresa *la Liebre* en palmear las ancas de

la jaca para no dejar que el arrepentimiento abriese alguna puerta, a la vez que Aurelio, acuciado también por la prisa y el deseo, espolé a la montura iniciando el trote que en poco tiempo los alejó calle adelante. No pudo ver Merceditas la sonrisa que como maligno corte transversal, rasgó el rostro de su antigua criada pues por nada del mundo se hubiera girado, descansada como tenía su mejilla en la espalda poderosa del buhonero.

En la noche oscura, las chispas que del adoquinado arrancaron los cascos de la yegua, fueron las estrellas que faltaban en el cielo.

¡Oh, alma humana! Albergue de proyectos y de ansias por trascender, cobijo del sueño por permanecer en la memoria de todos, ejecutora de esos impulsos que llevan a que nuestro

nombre se asocie a grandes obras. Nada existe comparable a esa superior lucha donde sólo unos pocos son señalados en la victoria. Oh, un alma así —continuó mi amigo B.— era la de don Julián Tárrega; alma cuya impronta y recuerdo sobreviviría a las generaciones.

Sabiéndose triunfador, ¿cabría explicar el entusiasmo que experimentaba todo su ser la mañana en que volvió de su viaje a la capital? Sentíase ufano, gozoso del éxito de aquella comisión que no sólo había conseguido del Gobernador la promesa firme de implantar en nuestro subsuelo una nueva red de alcantarillado, sino que había dado su palabra de considerar nuestro pueblo como apeadero en la futura línea de ferrocarril. Ante la noticia, difícil de asumir por su desmesura, el resto de miembros comisionados —el alcalde, don Artemiso Gaudiel; don José Puentes, el médico homeópata; y don Lope Molina, el veterinario— no pudieron

por menos que enaltecer de nuevo a don Julián, verdadero artífice de aquella ilusión, y que gracias a su experiencia como negociante y a sus alusiones a destinar alguna prebenda a las fuerzas políticas de la capital, ya veían formarse en sus caletres una estación a las afueras, raíles tendidos y velocísimas locomotoras, que como heraldos del progreso, harían de nuestro pueblo un referente de los tiempos modernos.

Fue en la misma diligencia donde el indiano recibió por parte de sus compañeros el distingo de bautizar como *Mercedes*, o tal vez *Juliana*, la primera locomotora que se fabricara en el pueblo, pues, ah, cuesta tan poco soñar que la excitación llevaba a esos caballeros desde el ferrocarril imaginado a industrias accesorias y, por qué no, a fábricas de humeantes chimeneas. Sin duda, si el transcurso del viaje hubiera durado más tiempo, habrían dado categoría de catedral

a la iglesia de San Abundio y empleo de arzobispo a don Eusebio, el párroco.

Por otro lado, ocupaban su tiempo en rememorar los pasados ágapes con que se vieron agasajados en la capital y a celebrar con gran regocijo los pasajes más picantes de la zarzuela libidinosa a la que tuvieron oportunidad de asistir la noche anterior. Era tanto su optimismo que propusieron, con los encendidos lazos de amistad que brinda el compartir experiencias no del todo confesables, el repetir con regularidad escapadas a la ciudad ofreciéndose a costear las mismas el propio don Julián. Con éstas y otras fantásticas ensoñaciones, transcurría el viaje de vuelta y hubieran deseado los caballeros aplicar de inmediato a la diligencia la velocidad del vapor, pues tantas eran sus ganas por llegar al pueblo y hacer partícipes a los vecinos de las buenas noticias.

En efecto, sentíase tan espléndido nuestro hombre que quería hacer extensivo su contento incluso a Teresa *la Liebre*, perdonando sus tercerías y tornándola de regreso al hogar. Pero ¿y Merceditas? Aquella felicidad debió remover la conciencia del indiano y en aquel ambiente distendido, comunicó a sus compañeros el deseo de retomar las veladas, llenar de nuevo su casa de jóvenes artistas y remediar el retiro de su hija, que en aquel momento de alegría desbordada, antojábasele del todo punto injusto. Sí, poetas, músicos y pintores que dieran nuevo paso a los halagos, todo ello era poco para un don Julián, que henchido de satisfacción, imaginaba su pueblo cruzado por largos trenes y ver que su nombre, el del humilde pastorcillo que fue, quedaría grabado para siempre en la memoria de sus paisanos. Ante aquella imagen, ¿qué podía importar que alguno de esos pollos literatos se enamoriscara de su nena? Ya le pararía los pies en el debido momento.

Finalmente, amenizado el viaje por estos propósitos, esas frivolidades y el canto a coro del número más atrevido de la zarzuela, llegó éste a su fin. Empero, antes del arribo a la plaza Mayor y ya cercanos al pueblo, pudieron los comisionados distinguir con sorpresa la alta columna de humo que parecía surgir de un extremo del caserío. No tuvieron tiempo para hacer cábalas de su origen, pues pronto terminó la diligencia su periplo. Esperaban los caballeros ser recibidos, si no por la Banda Municipal y por balcones engalanados, al menos con expectación o por el interés de los desocupados que a esas horas fatigan las calles, pero en cuanto se apearon del vehículo, comprobaron que nada de eso sucedía y que por el contrario, el movimiento de personas que se observaba era del todo inhabitual. Algo extraordinario ocurría sin duda y entre ellos sembró la alarma las miradas de conmiseración que se dirigían a

don Julián y sobre todo, el ridículo atavío de algunos presentes que no parecían sino forzar las fechas carnavalescas. El desasosiego se acrecentó en cuanto los viajeros vieron llegar hasta ellos un grupo, que armado de guadañas, horcas y teas donde el fuego hacía chisporrotear la resina, era encabezado por don Eusebio el párroco y por varias señoras de reconocida militancia en las filas de las Damas Católicas de la Misericordia. Fue una de ellas la que, destacándose tras consultar con el cura, se acercó al indiano para decirle con voz trémula:

—Don Julián, su hija de usted, la señorita Mercedes... ha... ha desaparecido.

Capítulo 3

Apenas el sol despuntó sobre los tejados provocando el gorjeo de los pajarillos que saludaban al nuevo día, comenzó una jornada, que de intuirlo, Apolo detuviera su carro para siempre y así, la noche, como negro velo de luto, habría acompañado mejor la serie de sucesos que luego acontecieron.

Fue en horas tan tempranas cuando dos monjitas Abundinas atravesaron la callejuela que separaba su convento de la mansión de don Julián. Su cometido no era otro que relevar a la pareja de muchachas que habían quedado al cuidado de Merceditas. Escandalizolas mucho que tras llamar al portón las recibiese una pitañosa Marijuli, que bostezante y despeinada, mostraba en sus ojeras la huella indudable de las más torpes actividades. La visión de las Reverendas Madres, que despertábala sin duda de

un sueño depravado, hizo que sustituyera sus indolentes gestos por una alteración del ánimo que la llevó a tartamudear, tal fue el terror que se apoderó de su persona. Asustadas también, las monjitas penetraron en la casa hasta toparse con la imagen que mujeres de tan alta virtud no deberían haber visto: el aire viciado por el tabaco, el olor del alcohol que aún emanaba de las copas vertidas sobre la mesa y, sobre todo, el ver a la compañera de Marijuli amodorrada en una otomana y cubierta apenas su desnudez por un mantón floreado, turbaron de tal manera a las monjitas, que tras bajar de las habitaciones superiores sin encontrar rastro alguno de Merceditas, no dudaron en desceñirse las correas de los hábitos para fustigar con la mayor furia a aquellas dos desvergonzadas.

Gritos, ayes y lamentos llenaron la estancia, sin que ningún trozo de piel de las perdidas dejase de ser lacerado por el cuero. Necesitaron

de toda su fuerza las Hermanas para arrancar de aquellas hijas de Satanás el secreto de la pasada visita de Teresa *la Liebre*, desvelado el cual, las maritornes fueron encerradas en la carbonera mientras que ellas, presurosas, se dirigieron de nuevo al convento para dar cumplida información de lo acaecido a la Madre Superiora.

Sufrió mucho Sor Gervasia y a punto estuvo de costarle un síncope tamaña noticia, pero, mujer que no se amilanaba ante las adversidades, decidió llamar a capítulo a don Eusebio y a otras fuerzas vivas, para después del conciliábulo, tratar de remediar la situación con la premura que marcaba el regreso de don Julián. Agitados todos, decidieron encaminarse al lupanar de María *la de los Ratones* para buscar allí a la culpable del despropósito y a sus posibles cómplices con el sigilo que marcara una delicada gestión. Pero todo aquel movimiento no

podía pasar desapercibido, y ya en la calle, la noticia —continuó mi amigo B. con un afortunado símil— corrió con la velocidad con que el fuego discurre por un reguero de pólvora. En poco tiempo, el pequeño grupo que inició la marcha hacia el burdel de María, se fue nutriendo tanto de curiosos como de elementos que ante la gravedad del caso creyeron tener al fin justificación para la destrucción apocalíptica. A todo ello contribuyó la facundia de don Eusebio, que a cada poco deteníase para lanzar ardientes soflamas, las cuales, junto con las consignas de las Damas Católicas de la Misericordia, enaltecieron el ánimo de los congregados hasta la catarsis que finalmente se produjo. Organizada la horda e improvisado el armamento, la distancia se cubrió al paso que marcaron los dos carabineros puestos en vanguardia.

A esas horas todo era silencio en el lupanar. Las allí alojadas, tras una más de sus noches de

lujuria, dormían el sueño de la molicie sin que sus pútridos corazones pudieran adivinar que en pocos momentos se encontrarían todas huyendo como conejos por las rastrojeras. Así sucedió, pues el improvisado somatén a poco de derribar la débil puerta de entrada, penetró como tromba en la infame casa solicitando a grandes voces la presencia de Teresa *la Liebre*. Nada se obtuvo ni nada se obtuviera, pues pudieron constatar todos que ni la pérfida criada ni Merceditas estaban allí, pero llegar a esta conclusión no fue fácil. Antes, los garrotes y hasta las sombrillas de las señoras, hablaron con el convincente lenguaje de los golpes y una a una, las perdidas, con María en primer lugar, recibieron en sus carnes el castigo a tanta sevicia. Ni siquiera el tío Borrico, el viejo organillero, se salvó de la justa ira de la enaltecida tropa, que tras asenderearlo, acabó por arrojarlo al barrizal de una cochiguera.

No se dejó de registrar ningún rincón en aquel caos de movimientos y griterío donde se alzaban colchones y se rompían muebles con el furor exacerbado de unos visitantes que no encontraban el objeto de su búsqueda. De nada servían los ruegos y juramentos de María *la de los Ratones*, que corría de un sitio a otro tratando de impedir el estropicio de las botellas, los vasos, las tinajas y los espejos, que hechos añicos multiplicaban con sus reflejos la devastación.

Fue la *Pitusa* Dolores la que con esfuerzo pudo hacerse entender, pues la sangre que borbotaba de su nariz rota por un bastonazo, apenas le dejaba articular palabra. De su boca salió el nombre de Aurelio *el Empaño*, gritado sin fuerzas desde el suelo. Con el precioso dato en su poder, don Eusebio, en un aparte con doña María Luisa del Peral —una de las más furibundas componentes de la Damas Católicas— ac-

cedió a la orden que dictara tanto la señora como Sor Gervasia allá en el convento. Fue de esta manera como el serrín empapuchado de alcohol que cubría el piso convirtiéndose en el combustible ideal para dar inicio a un fuego purificador que en poco tiempo dio lugar a los estragos completos de un incendio que todos pudimos contemplar satisfechos en el exterior. En pocos minutos, el despreciable negocio de María crepitaba entre soberbias llamaradas mientras las meretrices eran perseguidas a palos por un iracundo mocerío arrepentido sin duda de haber dilapidado su dinero en infames orgías.

La alta columna de humo, la misma que en la lejanía divisaron los viajeros de la diligencia, antes de representar un final, fue prólogo y acicate para que aquella hueste tornase al pueblo para proseguir la búsqueda.

El conocer la implicación de Aurelio *el Empaño* en el desaguizado, llenó a muchos de gran preocupación, pues si la desaparición de Mercedes pudo parecerles al principio una banal rebeldía de chiquilla, el nombre del buhonero unido al de Teresa *la Liebre*, convertía el suceso en verdadero escándalo al tintarlo con las más siniestras sospechas.

Parecida situación a la del burdel repitiose en la fonda donde acostumbraba a alojarse *el Empaño*, aunque las pesquisas fueron vanas en tanto el posadero, hombre honrado y de gran prestigio entre los vecinos, jurase que el perseguido no había pasado allí la noche. Empero, las agitadas turbas, la chusma que en toda revuelta se da cita, aprovechó la oportuna conjunción para asaltar las corralizas y, como marea ingobernable, hizo objeto de pillaje la tartana del buhonero antes de que ésta fuera consumida

por las llamas. El espectáculo —siguió diciendo mi amigo B.— que todo ello ofrecía era inenarrable. La más baja estofa de la villa no dudó en organizar con los tejidos y abalorios un grotesco carnaval contra el que nada pudieron hacer las llamadas al orden de don Eusebio, don Sixto el teniente, y otros principales miembros del cívico destacamento. Desperdigados por las calles, vociferantes y desatados de cualquier disciplina, el vecindario mostraba la horrisona visión con la que fueron a encontrarse don Julián Tárrega y sus compañeros comisionados nada más apearse de la diligencia.

Sobrepuesto a los mil avatares de la vida, había aprendido el indiano que la sangre fría era la mejor arma para luchar contra la adversidad y que si antes imaginaba ferrocarriles y fábricas, parecía no costarle esfuerzo ahora tener la cabeza en su sitio pese al revés con que era herido por el destino. Frente a la congoja que mos-

traban todos y sobre el desorden que se había apoderado del pueblo, don Julián mantenía la calma de espíritu. Él mismo fue quien, despojándose del ceremonial chaqué y quedándose en mangas de camisa, trató de organizar pequeños grupos al frente de los cuales dispuso a personas respetables para iniciar las batidas que concluyeran con el hallazgo de Merceditas. Pero nada de esto fue necesario finalmente, pues a poco de iniciar la búsqueda, la multitud que se reunía en la plaza pudo divisar cómo hacia ella se dirigía una tropilla de lo que parecían ser zíngaros. En efecto, adivinose al rato que aquellas gentes de colorista atavío eran egipcianos, por lo que, ante la comprensible ofuscación de los congregados que relacionaron desde siempre al buhonero con la gitanería y deseosos de encontrar culpables, fueron recibidos por una lluvia de piedras que a punto estuvo de hacerlos huir, pues ¿qué se puede esperar de individuos de una raza tan proclive al latrocinio

y más en momentos tan delicados? Mas las señales de alarma junto con los aspavientos que hacía la mona que delante de ellos marchaba, detuvo por un momento la pedrea inclemente.

Permíteme —continuó mi amigo—, que califique de mayúscula la sorpresa que todos recibimos, pues la criatura que cubierta con una manta de la cabeza a los pies, y que creíamos tratarse de un oso o de algún otro animal amestrado de los que acostumbran a llevar con ellos los zíngaros, no era otra que la propia Mercedes Tárrega. Este descubrimiento soliviantó aún más los ánimos, y poco hubiera valido la vida de aquella despreciable tribu si no lograran hacerse entender. El más viejo de ellos, jinete de un destartalado velocípedo, consiguió explicar ante un iracundo don Julián que a bofetadas se abría paso entre los congregados, que habían encontrado a la niña, desnuda y desmayada, en el interior de una abandonada caseta

de peón caminero a cierta distancia del pueblo, y que su cometido no era otro que hacer entrega de la desdichada a sus familiares.

Comunicada la noticia, cayó de rodillas el indiano como una estatua colosal que se desmoronase, para seguidamente fundirse con su hija en un abrazo protector. La chiquilla tiritaba, y anegada en llanto e incapaz de hablar, escondíase toda en los brazos de su padre formando ambos el conjunto más desgraciado que imaginarse pueda. Entre todos remediaron la desnudez de Merceditas cubriendo sus carnes con gabanes y toquillas como si escondiendo el cuerpo se hiciera más liviana la tragedia. El corro que rodeaba la escena permanecía mudo y expectante, aguardando las órdenes que no tardó en dictar el indiano. Incorporose, y haciendo alarde de la sangre fría que ya quedó citada, don Julián Tárrega compensó a los zingaros haciéndoles entrega de unos billetes

que sacó del bolsillo. Luego, interrumpiendo el silencio que sobre todos se cernía y que destacaban aún más los tristísimos lamentos de Merceditas, la voz de don Julián retumbó como un trueno:

—¿Quién ha sido?!

Merceditas, hecha un ovillo sobre los adoquines y centro solitario y perfecto de aquel círculo cada vez más amplio que formaban los curiosos, asomó su rostro tumefacto por entre las negras guedejas para exclamar con voz contrita:

—¡*El Empaño*", padre...! ¡Teresa y *el Empaño*!

No acabó de decir esto cuando de las gargantas de todos brotaron los más rabiosos denuetos mientras se agitaban al aire las improvisadas armas. Pero don Julián, al que sólo impor-

taba conocer los nombres de labios de su hija, ordenó el silencio con gestos imperiosos y dirigiéndose a don Sixto, el teniente de carabineros, dijo:

—Sólo a usted corresponde encontrar a esos maleantes. Ponga a sus hombres a trabajar, y que los demás vuelvan a sus casas. Aquí no ha pasado nada, señores.

Vivo contraste ofrecía la calma de don Julián y el triste estado de Merceditas. ¿Movíalo la piedad para con su hija? ¿acobardose acaso por unas circunstancias que a cualquiera hubieran vuelto orate? No por cierto, pues, terminada su ayuda por incorporar a la chiquilla, don Julián, con el mandato incontestable de su voz y comprendiendo que a todo aquel pandemonio habrían ayudado las veleidades de su hija, agarróla de los cabellos y a rastras y dándole de bastonazos como a una acémila tras despojarla

de ropas, cruzó la plaza sin ahorrarnos la vergonzante visión de su cuerpo desnudo. Nadie osó decir palabra y embargónos el respetuoso silencio que siempre debe acompañar las acciones de un hombre de bien que vela por su honor. Los gritos de Merceditas, que a tirones de pelo era introducida por el portón de su casa, llenaron la atmósfera con el siempre antiguo eco de la deshonra irreparable. Nuestra mudez se vio quebrada luego por las palabras de una de las zíngaras, que meditabunda y estatuaria como una sibila de bronce, también contemplaba la escena:

—¡Jaarl, me maaten! Pobrecica la señorita paya... Cuando la encontramos en la caseta... Le habían dao pol delante y pol detrás...

Un castillo que, poderoso, gozara de la fama de los hombres, para que luego, abandonado y tomado por las zarzas, fuese cayendo en el olvido haciendo de su recuerdo una leyenda, fuera tal vez espléndida metáfora de cómo desembocó todo en el más negro episodio. Nunca más desde entonces se nos dio a contemplar aquella cabellera que fue río de azabache ni el fulgor verde de sus ojos. El coral de su boca, el terciopelo de su mejillas, su ebúrneo cuello, la grácil curvatura de su nuca, la nieve de sus manos... todo, todo, nos fue arrebatado para siempre aquella aciaga mañana, pues oculta quedó Merceditas en la sepultura enorme de la casona. Mas, ¿y don Julián? El arcano que representa la mente humana se resolvió en su caso en un retiro voluntario que lo llevó igualmente a la clausura más extrema, traducida en el tabicado de ventanas y la cerrazón de puertas y postigos.

Vanas fueron las embajadas de don Eusebio, del alcalde, o de las Reverendas Madres Abundinas, pues ni una sola palabra consiguieron de don Julián salvo el pasquín que, para sorpresa de todos, apareció una mañana claveteado en el portón. El mensaje, por breve, no fue menos demoledor: "*Hemos muerto*". Desde entonces, un grave silencio fue todo cuanto pudimos ofrecer y hasta don Sixto, el teniente, abstúvose de intervenir en respeto a la figura del indiano. El pueblo, fiel reflejo de todo cuanto disponía don Julián, quedó sumido en la tristeza, y los sueños de alcantarillados y ferrocarriles desvaneciéronse para todos como pompas de jabón.

Tampoco nos fue dado el paliativo de la detención de los culpables, pues la intensa búsqueda que se practicó sobre todo el término municipal, amén de la colaboración que se obtuvo de las autoridades provinciales que ampliaron el rastreo a toda la región, no arrojó re-

sultado alguno. Viajeros hubo que confesaron haber visto al *Empaño* disfrazado de trujamán acompañado de un mono de poderes adivinatorios. Otros, en cambio, juraron haberse topado con él en el puerto de Marsella o en el establecimiento de un tallista de diamantes en Amberes, y así lo vieron en tantos lugares y ejerciendo tantos oficios que fuera santo por su don de la ubicuidad. En cambio, de Teresa *la Liebre* nada se supo, aunque hubo quien sostuvo que los huesos que aparecieron entre los escombros del lupanar de María *la de los Ratones*, eran los suyos y no los de un macho cabrío como aseguraba don José Puentes, nuestro médico.

Después, el tiempo, se encargó de llevar a cabo su implacable cometido y en el otoño, la caída de las hojas, escena tan evocativa para nosotros los poetas, acompañó a las otras hojas caídas del calendario. Sucediéronse los días y las

semanas hasta que tuvimos la certeza de que la clausura absoluta a la que se obligó don Julián sería perpetua. Los alimentos y el carbón que el indiano atesoraba en los sótanos, junto con el agua de las muchas fuentecillas que ornaban los patios, podrían mantener el retiro durante largos años, pero esta seguridad, antes de consolarnos nos hacía estremecer, como los lamentos que en las noches del invierno que luego llegó, surgían fantasmales de la casona: "*¡Padre! ¡Padre! ¡Detén este tormento!*". Pobre Merceditas, pobre don Julián y pobres todos. La desdicha, irremediable, se había establecido en nuestro pueblo.

El arribo de la primavera fue aquel año recibido con indiferencia. ¿Qué de las caras alegres que antes anunciaban las vísperas de San Abundio, qué de la felicidad de nuestras gentes cuando el pueblo todo ardía en fiestas y sus calles se engalanaban para celebrar a nuestro

santo Patrón? No fue difícil acatar la orden del alcalde de suspender los festejos salvo la excepción —oh, inocentes criaturas, felices en su inopia infantil— de las carreras de sacos que se organizaban para la chiquillería. Disimulando ante los pequeñuelos la amargura que representa el vivir, se procuró su contento y si en otras ocasiones cuatro o cinco carreritas componían la justa, aquel año subió su número a más de cincuenta, por lo que las competiciones se alargaban hasta bien entrada la noche.

Fue durante el desarrollo de una de ellas cuando hasta nosotros llegaron las voces de alarma que parecían venir de la calle Real, la misma donde se situaba la casona del indiano. Voces que en un principio sonaban confusas, pero que a medida que se acercaban a la plaza, se hicieron nítidas en terrible exclamación:

—¡Fuego! ¡Fuego en la casa de don Julián!

No hizo falta más para que el pánico cundiera entre los presentes, mujeres y hombres, madres y padres que no dudaron en abandonar a unos hijitos, que aún en plena carrera, brincaban como saltamontes.

Apostados frente a la fachada vimos que, en efecto, algunas tímidas llamas aparecían en una de las ventanas superiores para, con rapidez, ir ganando intensidad y fuerza en la propagación. Oh, allí fue Troya y el caos más completo surgió de una lamentable conjunción de adversidades. Los asustados vecinos se presentaban con cubos de agua medio vacíos a causa de tanta precipitación, nada se supo del carro municipal de bomberos hasta que más tarde alguien informó que las dos burras que lo tiraban estaban pariendo con ayuda de don Lope Molina, el veterinario. Las inútiles idas y venidas, el agua que no llegaba y que cuando lo hacía era para de-

ramarse a los pies de quien la portaba, los caballos que finalmente fueron enganchados al carro de bomberos y que de nada sirvieron pues se había extraviado el pitorro del depósito, facilitaron antes que impedir, el progreso de las llamas que ya lamían los pisos superiores provocando el derrumbe de las vigas en un estruendo infernal. La densa humareda y la lluvia de pavesas que sobre nosotros caía, ocultaba la visión de lo que dentro sucediera mientras el siniestro cobraba una magnitud frente a la que nos sentíamos perfectamente impotentes.

Convertidos en meros espectadores del desastre, algunos siguieron los rezos colectivos que organizó un don Eusebio en camión de dormir aunque con bonete, mientras que otros nos dábamos a las más negras meditaciones, forzados por el horror a ocultar nuestros rostros. Triunfador, el fuego ampliaba su imperio anunciándolo con el estallido de los vidrios y los

nuevos derrumbes hasta que, cuando creíamos imposible mayor estrago, una figura apareció en la balconada principal, único elemento aún respetado por las llamas. El clamor que recibió a aquella visión de tintes espectrales venció por un momento el crepitar del incendio. ¡Era don Julián! Sí, un don Julián que semejábase llegado del averno o de pasar años en una isla desierta a juzgar por los harapos que lo cubrían, por sus uñas como garras y por la larga melena y barba que hacían de su imagen, con las llamas como fondo, la de una salvaje deidad. Poco duró la sorpresa porque al momento, abriendo los brazos, y cuando ya las lenguas de fuego prendían sus cabellos convirtiéndolo en antorcha humana, clamó con una voz que parecía surgir por su potencia del centro mismo de la Tierra:

—¡¡Mirad!! ¡¡Mirad todos cómo muere el más desgraciado de los hombres!!

Acabado de decir lo cual, arrojose por el balcón como uno de esos héroes mitológicos que encontraban en la propia muerte alivio final a su menoscabo. Pero incluso la suerte dióle la espalda en el postrer momento, pues no advirtió el toldo de gutapercha de un comercio establecido en la planta baja y que, milagrosamente intacto, actuó como trampolín, siendo así que el cuerpo de don Julián, tras rebotar en él, dibujó en el aire una trayectoria parabólica y haciendo un extraño volatín, vino en el descenso a abrirse la cabeza contra la campana fija del carro de los bomberos. ¡Oh dioses, de qué pérfida manera dispusisteis los astros esa noche para hacer que la escena terrible fuera grotesco remedo de un número circense!

Fueron inútiles las atenciones y cuidados que se le dispensaron. Ni tan siquiera pudo escuchar las palabras confortadoras de un arrodillado y contrito don Eusebio, pues en segundos y

entre convulsiones y espumarajos, don Julián entregó el alma sobre el encharcado suelo, bajo las patas de unos caballos que relinchaban de terror. Mas sorprendionos luego que entre tanta desventura, nadie se ocupase de la suerte de Merceditas. Fue vano cualquier esfuerzo, pues los bragados hombres que intentaron penetrar en el interior de la casona eran prontamente arrojados de nuevo a la calle por el humo y el fuego, y fue así que no quedó más que esperar al amanecer y que el incendio culminase la destrucción consumiéndose por sí solo.

Llegó la mañana y con ella, una de esas lluvias de abril que se deshilachan en fino aguacero, pero que en aquella ocasión fue suficiente como para dar término a lo que horas antes fuera pavoroso incendio. Sobreponiéndonos a la adversidad, el grupo que formábamos unos cuan-

tos temerarios desafiarnos el peligro de los derrumbes, e internándonos entre los escombros, pues de todas las llamas aún no se había extinguido la de nuestra esperanza, dimos comienzo a la búsqueda de Merceditas. Dantesco cuadro el que se ofreció a nuestros asombrados ojos. Las paredes maestras y las vigas formaron en su caída la geometría del irreal mundo que debimos explorar, atosigados los alientos por las fumarolas. Reducidos a cenizas, los ricos tapices y los damascos, las arañas de cristal, el distinguido mobiliario, mostraban cuánto fue su esplendor y cuánto era ahora su estrago. El soberbio piano de donde tantas bellas melodías nacieron, desparramaba sus teclas en el ennegrecido suelo como los dientes caídos de un animal prehistórico haciendo compañía a los admirables cuadros y los destruidos divanes. Aquellos muros que desprecio al aire fueron, yacían derribados sobre los entonces floridos patios, donde era ahora el amarillo jaramago

quien publicaba la ruina. ¡Oh, hados, cómo poder soportar la afrenta de vuestros caprichosos reveses!

Sustrayéndonos a estas evocaciones de marcado lirismo, la llamada de un adelantado hizo que nos dirigiéramos a lo que fue antigua carbonera. Allí, tras la desvencijada puerta que se batía deshecha sobre los goznes, descubrimos para nuestro horror la sobrecogedora estampa que componían dos cuerpos, que abrazados y abrasados, parecían buscar un último e inútil gesto de protección. Apenas reconocibles por el furor con que con ellas cebáronse las llamas, Marijuli y su compañera de vigilancias, habían encontrado la más terrible muerte en el recinto donde fueron olvidadas. Aquella visión nos produjo hondo pesar, y aunque criaturas abyectas, merecieron por nuestra parte el homenaje de una postrera oración por sus almas.

Después y sin perder más tiempo, continuamos un ascenso a los infiernos en tanto que dimos con unos tramos de escaleras cuyos peldaños, retorcidos por el fuego sus mamperlanes de bronce, nos permitieron acceder a lo poco que quedaba de la planta principal. ¡Oh, amigo! El salón que fue escenario de bailes y saraos, el que guardó los ecos de las palabras galantes, el que albergó tanta dicha, era ahora covacha de tizones y refugio de la desolación. Mas ¿seré capaz de describir lo que allí hallamos? No, nunca sería posible, porque el lenguaje humano muéstrase incompetente herramienta al usarla para este cometido. ¡El horror! Jamás conocerás el significado de esta palabra si no viste aquel cuerpo calcinado que en extraño escorzo, tal un sarmiento hecho carbón, representaba el más extremo sufrimiento. El tabique caído que fue inclemente cortina descorrida, nos dejó ver lo que oculto estuvo, las cadenas y los grilletes con que se aherrojó a la desgraciada. ¿Cómo

aquella deforme materia fue belleza en otro tiempo, cómo asociar la risa cristalina o la gracia de unos hoyuelos a aquel espanto irreconocible? No se detuvo nuestro padecer, pues a sus pies, compartiendo el breve espacio de lo que fue improvisada mazmorra, emparedamiento fatal, lóbrega alacena, yacía el cuerpecillo igualmente calcinado de un recién nacido al que el fuego, como en última burla, había respetado los ojos, los que abiertos nos miraban aterrados. Una mancha blanca velaba uno de ellos.

El desmayo vino a auxiliarme —continuó diciendo mi amigo B.— y sin sentido caí al suelo. Cuando recobré la conciencia halleme en mi cama al cuidado del médico y de mis padres. Durante cuatro días había sido preso de fiebres que me llevaron al delirio y a las más terroríficas alucinaciones. Jamás fui el mismo desde entonces y aunque han transcurrido casi diez años

desde que la desgracia se cernió sobre nosotros, vuelvo a ser víctima de aquellos recuerdos terribles y la locura me atenaza de nuevo cuando en la víspera de San Abundio resuenan en el pueblo los lamentos inconsolables y fantasmagóricos de Merceditas, que acompañados del llanto de un niño, parecen surgir de entre los muros derruidos en atroz pesadilla que vivirá con nosotros para siempre”.

Ya iluminaba el gas de las farolas las primeras calles del pueblo cuando terminamos el paseo. Mi amigo B., que desde la conclusión de la historia, no había vuelto a despegar los labios anegose en amargas lágrimas y, asaltado por temblores, aceleró el paso hasta ganar las puertas de su casa. En mi habitación, aquella misma noche, di comienzo a esta crónica, fiel reflejo de

*todo cuanto me contó. Si no fuera así, otro la
cantará con mejor plectro.*

F I N

Galería de imágenes



Acceso al cementerio de la villa de P. en un antiguo grabado.



Mi amigo B.



Tumba de Merceditas Tárrega en la actualidad.
(Foto del Editor)



El viajero desconocido.



La niña.



Don Sixto, teniente de Carabineros.



Don Julián, industrial azucarero en Camagüey
(Cuba).



Los padres de don Julián: el Tío Práxedes y la Eladia.



Merceditas en Camagüey. En la foto, la sostiene el simpático y fiel esclavo Bumba.



Teresa *la Liebre* cuando trabajaba como criada en casa de don Julián.



Un grupo de Damas Católicas de la Misericordia durante una excursión piadosa al Cerro de las Cruces.



Don Eusebio Martagón, el cura de San Abundio.



Merceditas Tárrega en la época de las soireés artísticas. (En la foto con Rafalín Bermúdez, un vecinito).



El literato Pedro Porcel.



Tres asiduos a las veladas organizadas por don Julián (de izq. a dcha.): Santiago Aguilar, rapso-
da; el pintor Paco Fuentes y el músico Manolito
Espinosa.



El gato Micifuz en una imagen tomada días antes de ser atropellado por un carro.



María Arroyo Galíndez, conocida como *María la de los Ratones*, propietaria del lupanar.



Aurelio Jiménez Fresnedillo, *Aurelio el Empaño*, en un retrato de estudio tomado durante un viaje a Zaragoza.



Grupo de Reverendas Madres Abundinas en un descanso durante unos ejercicios espirituales.



Jugadores de cartas en el burdel. En el centro, con barba, el Tío Borríco; a la izquierda, jugando su baza de espadas, Aurelio *el Empañao*.



Grupo de asiduos del burdel de María *la de los Ratones*. (De izq. a dcha., Antonio Ortiz Carrasco, Roberto Llopis *el Alcoyano*, Óscar Maif y Pedro Porcel.)



El primo Ramoncito María del Valle.



Marijuli y su madre, *la Melibea*, a lomos de *Lucero* durante una jira campestre.



Marijuli y su amiga, en una fotografía sicalíptica tomada durante una escapada a la capital.



La virginal Merceditas que se entrevistó con Teresa *la Liebre*.



Don Artemiso Gaudiel, el alcalde.



Don José Puentes, el médico homeópata, y su esposa, doña Catalina Barragán.



Don Lope Molina, el veterinario.



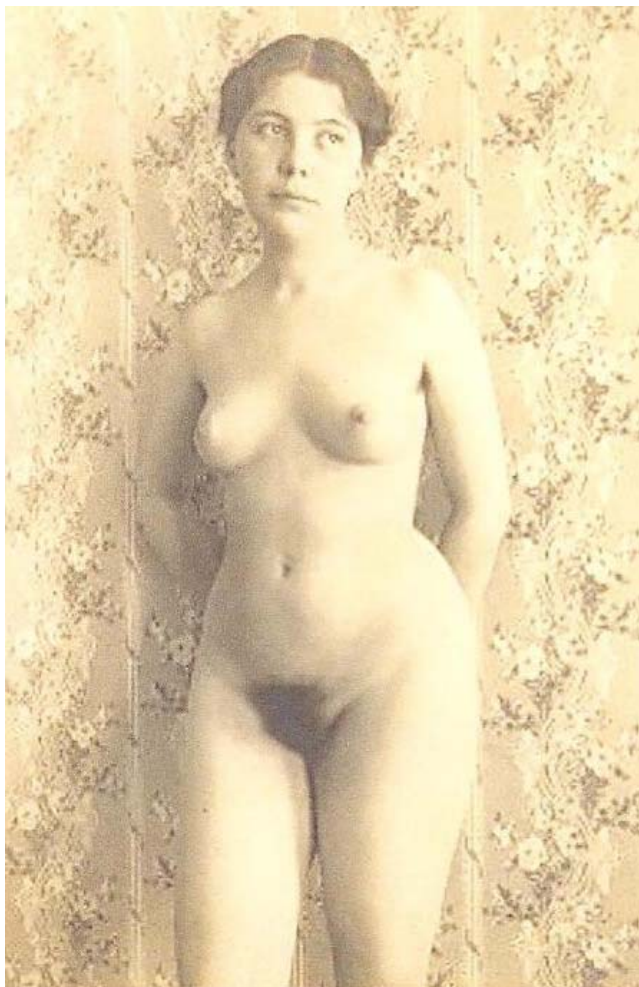
Sor Micaela de la Cruz a Cuestas y Sor Alberta de los Cinco Estigmas, monjitas Abundinas.



Sor Gervasia del Santo Grial, Madre Superiora
en el convento de las Abundinas.



Doña María Luisa del Peral, Tesorera de las Damas Católicas de la Misericordia.



Dolores Jaramillo del Pozo, la *Pitusa Dolores*, en sus años de esplendor.



El grupo de zógaros que descubrió a Mercedi-
tas.



Los sueños ferroviarios de don Julián.



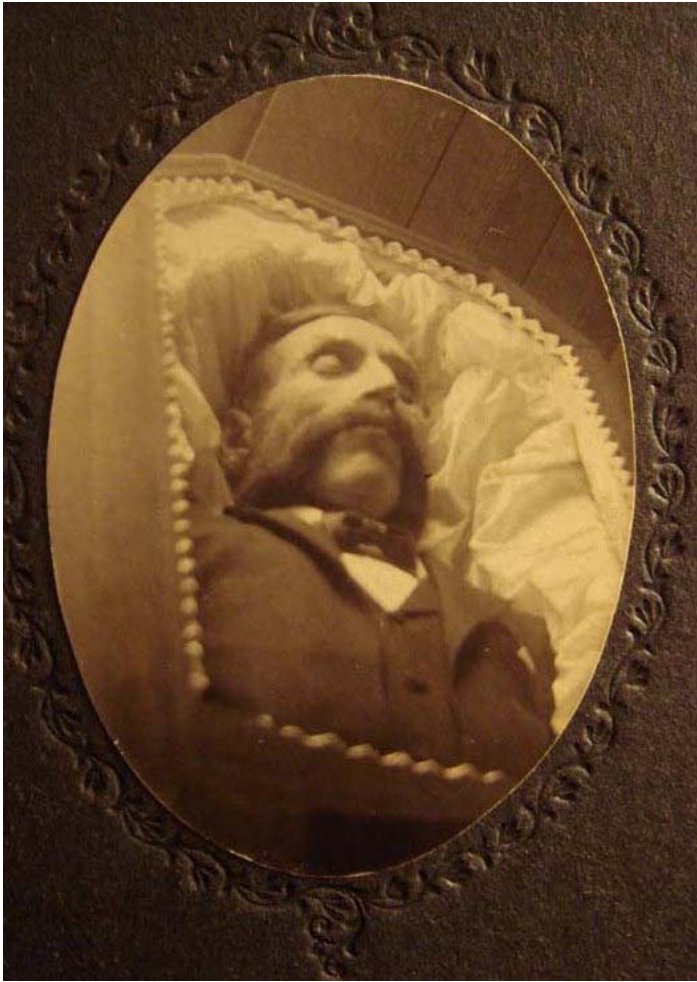
Imagen apócrifa de *El Empaño* en Marsella.



La calle Real. Al fondo, con tres plantas, la casa de don Julián.



El viejo carro de bomberos.



El cadáver de don Julián dispuesto en el féretro.



Devastación que tras de sí dejó el incendio.



La infeliz Marijuli cuando, de manera clandestina, practicaba el *football* en el patio del convento.



Restos de la infausta e irreconocible Merceditas
Tárrega.

las EDICIONES del VECIND(i)ARIO

*colección **narrativa***

<http://www.vecindiario.es>

Merceditas, la hija del indiano

© Fco. Manuel Espinosa ‘Sap.’

Bajo licencia Creative Commons.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>



© Sobre el texto, Fco. Manuel Espinosa, 2005.

© Fotografía cubierta “*Doris*”, donated by Jackie Davey.

© Galería de Imágenes, sus respectivos donantes.

© Logotipo Vecindiario, detalle de SnailGirl

nattieniet – <http://nattieniet.deviantart.com/>

1ª Edición, noviembre, 2010



colección narrativa